

Rosas rojas para una dama triste

Margarita Peña

Los oscuros vasos comunicantes entre el sueño y la creación artística son el tema central de este relato de Margarita Peña. El diálogo entre la inmóvil pintura y el transcurso de la narración sirven a la autora para trazar una breve meditación sobre el nacimiento de la obra de arte.

*Pues llegando el pastor a los verdes y deleitosos prados,
que el caudaloso río Esla con sus aguas va regando,
le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algún
tiempo allí gozado había, siendo tan señor de su libertad...*
Jorge de Montemayor, *La Diana*

TIEMPO I

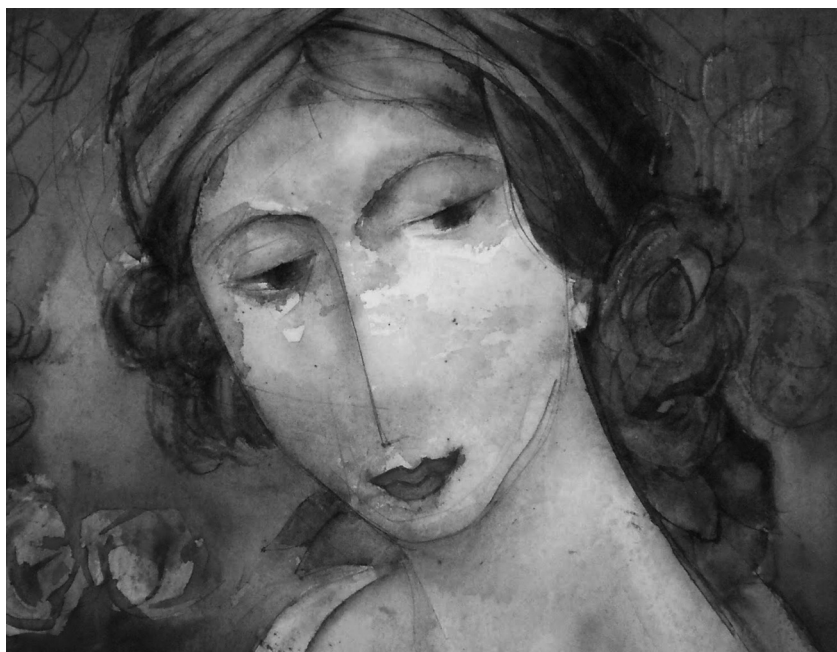
En el trayecto hacia la casa de Jordan el pintor, iba yo, Anarda, repasando mis sueños. La noche anterior había soñado, justamente, con Laura pero lo olvidé inmediatamente. Ahora acababa de recordarlo. Se lo contaré a Giordano; era un sueño complejo, necesitaba que me ayudara a descifrarlo.

Ya los dos en su estudio, examinó atentamente los tres óleos que le llevé. Los consideró interesantes, con posibilidades. Tres paisajes de la “villa” de Québec pintados durante una estancia de un mes cuando la Bienal de Montreal (que, por cierto, me desilusionó; muchas “instalaciones” y escasa pintura; pobre, en términos generales). Sobre todo, le interesó a Giordano uno de ellos, *Québec de noche*; le pareció logrado pues es sobremana difícil reproducir la atmósfera nocturna de modo que

el cuadro no resulte una plasta oscura. Lo conseguí a base de luces rojas, amarillas y blancas, las luces de la noche y combinaciones cromáticas con el negro. Sobre la experiencia casi mística que significó para mí ese viaje podría decir mucho, pero no es éste el momento. Lo escribiré, quizás, en otra ocasión.

Pasando al tema de los sueños y ya frente a sendos tequilas, sentados Jordan y yo en la palapa del jardín de su casa a la que me invitara el día anterior, le narré el de esa noche. “Estamos Laura Oliveros —la mujer que casi me ahoga al abrazarme ayer en el bar— y yo en el interior de una habitación cuadrada, más bien pequeña. Es de tarde, las persianas están entrecerradas, ha oscurecido casi. Una frente a la otra, de pie, mirándonos. De pronto, vemos un gran escarabajo color gris verdoso que se arrastra por el piso, que viene de ella hacia mí. Lo miro con horror y me doy cuenta de que está a punto de desaparecer por una ranura del piso, justo a mis pies. Antes de que se esconda en el agujero, una de nosotras, no recuerdo bien cuál de las dos, creo que soy yo, logra pisar la gran cabeza y matarlo. Aquí termina el sueño”.

A Giordano le pareció muy claro. “El escarabajo es un animal que vive en la tierra, en los cementerios. Es un



Margarita Forteza Villar, *Carita con dos rosas rojas*, 2010



Margarita Forteza Villar, *Bouquet azul y naranja*, 2010



Margarita Forteza Villar, *Dama con insecto*, 2009

símbolo de muerte. Esta mujer, recién viuda, no va a traer más que descomposición: la de su difunto marido y de su matrimonio. Por cierto, ¿el hombre murió o se suicidó? Entre paréntesis, no me trago eso de que eran ‘inconmensurablemente felices’, o algo por el estilo. Suena muy falso. Tú también lo sabes pero, sin embargo, la escuchaste casi una hora con paciencia y cortesía. Eso es lo malo de ser educado, come uno mucha mierda. Yo, en una situación así me levanto y me voy. El sueño es muy revelador y de un curioso simbolismo aunque los escarabajos me parecen asquerosos. Yo opino que debes alejarte de ella. ¡Mándala al carajo, y ya!”

Yo pensaba más o menos lo mismo, por lo que me cuadró la interpretación de Weiss. La verdad es que cada vez me gustaba más (Weiss, se entiende). Decidí en mi interior seguir con los ritos de amor. Total, si cuajaba algo, bien, y si no, seguiríamos como amigos... y tan tranquilos.

TIEMPO II

Una vez que Anarda ha salido de la casa del pueblo pintada de blanco, con techo de dos aguas, encaminándose hacia la carretera, en donde tomará un taxi para llegar hasta el Hotel Edén, Jordan saca las tijeras de jardín y empieza a podar algunas hojas de nochebuena, otras de la mata de bugambilia y los botones secos de los rosales. Ama las rosas y las cuida con esmero. De paso coloca en el compacto un disco de jazz de Dave Brubeck. El sol cala, por lo que se pone el sombrero de palma que lo hace parecer un ranchero de la localidad, un ranchero de ojos azules. Pasa de una planta a otra pensando que hace mucho que él no tiene una relación amorosa; bueno, ni siquiera una aventura. Todo se le va en estar pinte y pinte, de la mañana a la noche, buscando siempre la mejor luz, la del norte... porque ¿qué otra cosa puede hacer? ¿Para qué complicarse la vida? En el tocadiscos suena “Take five”; luego “Brandenburg Gate”. Vayamos a él y su monólogo:

“Pérdida de tiempo, de dinero y hasta de energía vital —ésa que se necesita para crear—, es lo que te dejan las mujeres”, reflexiona podando aquí y allá. “Te distraen mucho, son tan complicadas... siempre confundiendo la amistad con el amor, trayéndole a uno sus conflictos, sus resentimientos por lo que otros les hicieron, su neurosis... A ver, cómo me fue con Doris, y eso que éramos jovencitos los dos. Un infierno. Hasta que nos separamos. Finalmente, se calmó, se refugió con nuestra pequeña Milenita en el pueblo ese cerca de Londres y se convirtió en modelo. Buen dinero que gana (ha ganado siempre) y sin embargo tuve que pasarle regularmente (a mi hija, claro), durante años, una tercera parte de lo mío. Exactamente, ni un centavo más

ni uno menos, con certificación del contador en mano. Son unas interesadas las mujeres, ventajosas, que dizque iba a ser escultora y yo, tonto de mí, ayudándola, apoyándola, hasta los trastes lavaba, cuidaba a la niña, y todo para qué: ¡buenos cuernos que me puso! Hace mucho tiempo... mejor ni acordarse... total, que para la calentura, con un poco de imaginación..., basta, ¡auch!”.

Se acaba de clavar una espina del rosal en el pulgar. Se chupa el dedo y sigue podando.

“Eso sí, Milenita salió retechula, me da orgullo ser su papá. Por cierto, algo hay en esta güera, Ana Rosa, o Anarda, que me hace acordarme de mi hija —¿o de Doris, acaso?—; no de la niña... que ahora es una muchachota que anda de azafata, por el aire, no quiso ser otra cosa, igual de voluntariosa que su madre”.

Qué ocurrencias de Jordan, el pintor, ponerse a hacer jardinería con el sol de las dos de la tarde sobre la cabeza. Se dirige a cambiar el disco. Ahora es Gershwin, *The man I love* y otras, que le traen un sabor a ciudad civilizada, un relente neoyorquino... De la cocina saca un vaso con agua, bebe un sorbo, y deja el vaso en el antepecho de la ventana.

“Para irme refrescando, poquito a poquito, no es bueno beber de golpe después de asolearse... Y Macarena ¿qué tal, eh? A ésa sí no la pude aguantar... dos años la sobrellevé, con trabajo. Las españolas son imposibles, tienen un genio ‘terrible’, son como de otro mundo, menos mal que anda en Barcelona, lejos de aquí, tan celosa, tan posesiva, tan violenta... pero eso sí, qué buena era para follar. No he tenido otra igual, qué caderas... y los pechos, qué pechos, hasta se le salían por el escote. Buenísima, la tía. Pero el precio que uno paga es mucho: la independencia, la soledad sabrosa, como la mía ahora. Mejor allá, allá que se quede, en sus ramblas, en su Barrio Chino, con su Gaudí famoso, con su galería de arte... ‘muy chic’. Qué bueno que la largué... apenas a tiempo. Me estaba usando, mis amistades, mis contactos... hasta un hijo quería que le hiciera, ¡sí, cómo no! Y ella, ni un pedazo de su pinche galería me prestaba para exhibir mis cosas. ‘Te la alquilo’, dijo. Por eso abrí aquí la mía. Escondida, en este pueblo, pero es mía, ahí cuelgo mis cuadros cuando quiero y los quito cuando me da la gana. Vienen turistas y los compran. Eso sí... que no lo sepa nadie, y menos pintores que empiezan, pobretones, como los de Esla, o de Valle. No es que uno sea egoísta, pero a mí todo me ha costado. Cuando alguien quiera exponer, tiene que pagar, y mejor que sea alguien de México, con trayectoria, con obra, así La Espelunca se acredita. Poco a poco; ahora, con el nuevo hotel, los fraccionamientos de lujo y la ampliación de la autopista va a ir viniendo más gente, de dinero, de la que compra obra... por lo pronto, ¡ya se vendieron varias acuarelas! Me salen bellas, no es cierto que se pare-

cen a las de Georgia O’Keefe. O qué, ¿por ser hombre hay que pintar a fuerza como Bacon o como Jackson Pollock, o Rothko? ¿Esperpentos deprimentes y aterradores, o telas sosas, inexpresivas? ¿Y entonces las flores de Odilon Redon, los nenúfares de Monet de l’Argenteuil, y los girasoles de Van Gogh, aunque éstos se hayan vuelto casi de calendario, con tanto que los reproducen? Y hasta los tulipanes como capullos de Claude Guibert tienen su encanto, aunque sean casi decorativos. ¿Y los búcaros desbordantes de los flamencos y los alemanes del XVII? Para callarles la boca a los que dicen que no sé pintar más que eso, acuarelas figurativas, voy a probar lo abstracto, con colores fuertes, los de las flores de este pueblo: la bugambilia, las nochebuenas, la vegetación de Ardenia... un mundo floral intenso que se desvanece en la abstracción, meras sugerencias delicadas en gran formato: lo blanco, lo verde y una amplia gama cromática. El ‘manto de la virgen’, *ololiuhqui* en náhuatl, lánguida campánula, en todos sus matices, del rosado al azul plúmbago; la naturaleza casi despojada de forma y contornos en grandes cuadros, cubriéndonos, desplomándose sobre nuestras cabezas, reflejándose en los espejos dentro de mi galería...

“¿Que de dónde saqué ese nombre, ‘Espelunca’? Pues de *Don Quijote*, la novela con la que practico el español. Y luego, como que me interesó eso de la caballería andante. Claro, cuando pude leer de corrido, después de las clases de Esperanza. Otra, la Pelanchita, que quería echarme el guante, muy mexicana ella, muy virgen-cita, muy deseosa de casarse, mejor que me enseñara a hablar bien español... Yo ya sabía, por mamá (mi madre era catalana, me gustan, por eso me metí con ‘la Macarena’)... Por cierto, ¿en dónde estará mi *Quijote*? Mi madre... Tan bonita, tan buena, mira que aguantarle a Aarón Weiss la ‘enorme’ neurosis de guerra, el miedo a la gente, los recuerdos del campo de concentración, la paranoia; que no la dejara hablar con nadie en español porque a lo mejor conspiraba contra él, ¡pobre loco! Ni lo mucho que ella lo ayudó en Londres, antes y después de que yo nací, fue suficiente para que se curara. Ni con diez psiquiatras habría podido. Del final de ambos, no quiero acordarme... Y ella también sufrió cuando la Guerra Civil. Una llega de España, el otro de Alemania, se encuentran en Londres, y lo que podía ser *El puente de Waterloo*, un filme de amor a lo Vivian Leigh y Robert Taylor se convierte en un puro manicomio y acaba en pesadilla. Qué ocurrencia, casarse cuando yo me anuncié. Se hubieran quedado así, solteros. Que sería hijo natural... ¡pues todos los hijos son naturales!; que ilegítimo... no es cierto, todos los hijos son legítimos, lo demás, ‘mamadas’... como dicen aquí. Mi madre no habría tenido la obligación de atender al viejo Aarón, habríamos vivido tranquilos, ella y yo, en Londres o donde fuera. Puras obligaciones, eso es el jodido matrimo-

nio. Puro sufrimiento, puro pleito... mejor ponerse a pintar las flores, los árboles, el paisaje”.

“Chas, chas, chas”, suenan las tijeras cortando las hojas secas, arrancando pétalos arrugados que caen de las rosas, emparejando las ramas de los dos cipreses que custodian la puerta que da al jardín.

“A ver, yo aquí, solo, hasta una palapa pude construir... con una mujer junto no habría podido, te distraen, te hacen gastar en lo que ellas quieren... Bueno qué se le va a hacer, así son... ni modo”.

Los cipreses le proporcionan una mágica y gratificante sensación de seguridad. Son dos guardianes cuidando la parte posterior de la casa, cuidándole las espaldas. Adentro empiezan a sonar los acordes de *Embrace me*, canción de los años cuarenta, cincuenta. “Música inolvidable...”, piensa Jordan, embelesado..., siguiendo el ritmo con el cuerpo. De pronto, se quita el sombrero de palma y se acaricia pensativamente la cabeza:

“...Pero el punto, a lo que voy... no le des tantas vueltas... lo que hay que aceptar (ni para qué me sigo haciendo tonto) es que me urge alguien con quien compartir todo esto. Alguien que me ayude, me acompañe (compañía de la buena, eso sí que necesito), llenar este hueco de acá adentro”. Como si estuviera actuando, deja caer las tijeras y con la mano derecha se palpa el pecho a la altura del corazón y da otro sorbo al agua. “Hay que tomar una decisión, pero con sentido práctico. Para empezar, la güerita no está nada mal, su mamá era polaca, me contó... se me hace que nuestras historias se parecen...”.

Se enjuga la frente con un paliacate rojo, rumiando el hecho de que en la pasada Navidad aquí en el pueblo, le había llegado “la lumbre a los aparejos”, como suele decirse. Vaya que sí. Nadie que le preparara una cena decente, nadie con quien conversar, con quien brindar... hay fechas que no son para ir al bar, o al restaurante, o a la casa de los amigos. “Y menos si eres extranjero... cuidado, te ven con recelo, con suspicacia, no les vayas a volar a su hija o a su vieja, en estos pueblos son muy desconfiados, sacan la pistola o el machete a la menor provocación”. ¿Cómo se había deprimido preparándose él mismo un pastel de riñones que le salió horrible, tuvo que dárselo a los perros, el Capitán y el Moby Dick, sus dos canes, única compañía en esa triste noche! ¿Irse a México? Para qué, para andar vagando por la Zona Rosa, por Insurgentes, buscando, a lo mejor, compañía pagada... Una prostituta de vez en cuando, de México, de Esla, o de Ardenia misma, no es lo que él necesita... ¡y menos en Nochebuena! Está difícil eso de vivir en un lugar tan rústico, tan ajeno a todo lo que para él ha sido vital: los conciertos, las galerías importantes tipo Sotheby’s, los remates de arte de París, de Saint-Germain y del Hotel Druot. En éste pujó una vez por dos pequeñas esculturas prehispánicas: una mujercita de la zona de Dos Bocas, Puebla, y un guerrero de la región

del río Balsas, bella escultura de ónix, ¡estilizada como un Brancusi! Y se las adjudicaron... Tal parece que las piezas lo hubieran traído hasta México. El guerrero es ya para él un tótem, una especie de espíritu tutelar, lo ha colocado en la repisa sobre la cabecera de su cama... “Pues sí, viéndolo bien, debería de haber volado a Londres, a pasar la Navidad con mi hija”. Pero entonces, el proyecto de abrir la galería se habría pospuesto. “Es un hecho que necesito tener una ayudante, una secretaria, o algo así... para poder irme a Londres de vez en cuando”. Y se ve a sí mismo vistiendo “blazer” azul marino y caminando por Tottenham Court Road, o Plaza Trafalgar, deambulando por el interior del British Museum. Este pueblo, por más encantador que sea, lo aleja de todo, de lo que ha sido su verdadero mundo. Pero en ningún otro lugar habría podido comprar, por tan poco dinero, esas dos casas. En ningún otro lugar de los que conoce hay tanta paz para pintar. Su idea de seis meses aquí, seis meses allá puede funcionar. Tan sólo hay que organizarse, ponerla en práctica.

“A ver”, se dice, “volviendo a ‘ellas’, vamos a examinar la cosa punto por punto:

“Punto uno: La mujer, Anarda, me gusta, esto es lo principal. No es muy joven, que digamos, pero mejor así, hay menos riesgo de ‘cuernitos’. Bonita, buen cuerpo, discreta, sabe de pintura (es lo malo... algo sabihonda). Se enloquecería viajando conmigo... pero a Londres no, Milenita y Doris, las dos furias, estarían demasiado cerca...”

“Continúo, punto dos: trabajadora, se ve que es, tiene ingresos propios y una casa que le heredaron los padres. Según don Ernesto, una especie de mansión porfiriana llena de antigüedades, en Tacubaya, cerca de Chapultepec... a ver si no son exageraciones de Ernesto. O sea, que aportaría ‘dote’. Acuérdense de eso de que ‘mujer que no da dinero trae mala suerte...’, como dice mi amigo Timothy... ¡y también don Ernesto! Bueno...”

“Punto tres: le gusta viajar, sabe idiomas (es medio europea, por la madre), tiene muchos amigos en el medio, escribe en periódicos, o sea, que me ayudaría en lo mío. Y quiere ponerse a pintar: ¡yo le enseño, una cosa por otra!

“Punto cuatro: ni compromiso, ni hijos (tampoco quiere tenerlos); se casó una vez (me lo dijo Ernesto) pero aunque se divorció, no es una reventada, como otras... esto, de todos modos, hay que checarlo.

“Punto cinco: Nos parecemos en algunas cosas, tenemos buena comunicación; es medio mística, tiene sueños premonitorios y revelaciones... espero que no esté loca, claro. ¿No me contó que en Londres se fue a meter con los espiritistas, en Bellham Square...? ¿Y que vino a hablarle la mismísima reina Victoria...? Bueno, eso ya es ‘too much’. Se ve que necesita que la controlen... que la apoyen, la acompañen, aunque le guste

hacerse la fuerte, la independiente, andar por las carreteras sola... o subiendo y bajando de los aviones. Y ya para qué le sigo con más puntos: es la mujer que necesito. Además, me gusta, me requetegusta y yo a ella, hay química, como se dice, o sea que, ahora sí, ¡punto final!”.

Liquidado el asunto con total simplicidad y de modo tajante, da un último tijeretazo a manera de colofón y entra en la casa, buscando algo de comer. Se prepara una ensalada de jitomate y rábanos, es todo lo que hay en el refri, y abre una lata de cerveza. Esta vez se dispone a oír una canción que le encanta: *Red roses for a young sad lady*, cantada nada menos que por Billie Holiday. Hay otra versión por La Voz, Frank Sinatra (o Frank “el siniestro”, como solían llamarlo, por eso de sus ligas con la mafia). Se ríe solo.

“Otra ventaja tiene Anarda”, reflexiona mientras apura la cerveza, secándose la frente por enésima vez, con el paliacate arrugado. “Le fascina este pueblo, se vendría sin mayor problema a vivir conmigo, pintar conmigo, a escribir aquí sus libros y sus artículos, y además... me cuidaría la casa (junto con el Moby... y el Capitán) y la galería cuando tenga que hacer viajes largos: a Inglaterra, a España, a Holanda...”.

Se propone avanzar hacia su objetivo lo antes posible. Está feliz, optimista, excitado. *Rosas rojas para una joven dama triste...* ¡Qué canción, cómo le gusta! Pero eso sí, hay que tomar ya la iniciativa, no se le vaya a adelantar alguien, a lo mejor hasta don Ernesto que a lo que se ve, anda buscando esposa sustituta (Anarda no... Laura, está bien para el anticuario...). Es cosa de tantear terreno, hacer indagaciones con gente del pueblo que la conoce, asegurarse de que no tenga marido... ni amante, ni novio o novios (eso sí, no mencionar la palabra “boda” ni de chiste, nada de casorio...). Ir a ver a la señora Farkass, su amiga, quizás, hasta su hotel... preguntarle, inquirir discretamente...

“Rosas rojas...”. Para Anarda. Se muere de ganas de abrazarla, besarla, acariciarla. De soltarle el pelo, luego peinarla y volverle a colocar sus peinetitas de plata que usa siempre a cada lado... pasarle la mano por los muslos, las pantorillas y los pequeños pies. Le preparará un ramo de rosas del jardín: una “Rosa Reina”, una “Rosa Balme”, una “Luto de Juárez”, una rosa de té... se las dará esta noche misma, o mañana. En una palabra, se muere de ganas de meterla, ya, en su cama. Está a punto de cortar las rosas y atar el ramo con un pedazo de cordel.

“No”, recapacita, “mejor solamente ‘Luto de Juárez’: cuatro rosas de un color rojo quemado, intenso...”

“Rosas rojas para una dama triste...”, repite recostándose en el sofá-cama de la sala, encendiendo la pipa y contemplando gozoso las volutas de humo que ascienden, parsimoniosas, hasta el techo descascarado de la rústica estancia de la casa pueblerina pintada, a medias, de blanco. **u**



Margarita Forteza Villar, *Agapandos*, 2010



Margarita Forteza Villar, *Dama en azulón*, 2010



Margarita Forteza Villar, *Ermita de's cocò*, 2009